

MEDITERRANEO

LA GUERRA DE ORIENTE MEDIO NO HA TERMINADO

POCO a poco, la situación en Oriente Medio se va esquematisando. Los dos países que fueron protagonistas de la pequeña guerra del verano pasado, Israel y Egipto, se van cargando simultáneamente de armas y de odio. Las dos potencias mundiales que les respaldan respectivamente, los Estados Unidos y la U. R. S. S., se comprometen cada vez más en la situación. Eshkol, primer ministro de Israel, ha pasado dos días con Johnson en el rancho de Texas. El resultado aparente es un comunicado conjunto en el que explícitamente se habla de la necesidad de «proceder a un examen continuo de la capacidad defensiva de Israel», en vista del «ritmo de rearme de Oriente Medio», en vista de la entrega, «por parte de otros», de material militar en esa región del mundo. En términos directos, esto supone que Eshkol ha denunciado sobre todo la existencia de cohetes anti-aéreos soviéticos en Egipto, que ha solicitado la entrega de un material similar o, por lo menos, de grandes y modernos aviones americanos de bombardeo, y que el Presidente los ha concedido. El rearme de Egipto por parte de la U. R. S. S. aparece inventariado en un artículo que Jean Lacouture publica en el «Nouvel Observateur»: habla de la presencia de tres mil expertos militares soviéticos, de treinta unidades de la marina de guerra de la U. R. S. S. patrullando por el Mediterráneo —otros expertos fijan esta cifra en cuarenta y cinco—, de la reconstrucción de la aviación egipcia en un setenta y cinco por ciento —fue destruida en cerca de un ochenta por ciento— y del adiestramiento sistemático de pilotos egipcios en la U. R. S. S. El embajador soviético en El Cairo, Vinogradov —que antes lo fue en París, y a su misión puede atribuirse parte del éxito que supone la profundización de relaciones entre Francia y la Unión Soviética— tiene tres audiencias semanales con Nasser.

Nasser y Eshkol son, en este momento, dos enemigos relativamente moderados. El dirigente árabe salió del baño de sangre de junio con un nuevo espíritu conciliador; el judío, con el temor de que la prolongación de la situación de guerra sea, a la larga, grave para su país, no comparte el optimismo de los triunfalistas. Ni uno ni otro dominan la situación. No son solamente las influencias extranjeras las que les obligan a endurecerse, sino una fuerte presión interior. Desde Cisjordania, los «comandos» y las guerrillas árabes hostilizan continuamente a los israelitas. En los diez primeros días del año se han registrado cuatro incidentes fronterizos graves, seguidos de acciones israelíes de represalia. Siria y Argelia no aceptan ninguna clase de tregua ni de blandura; toda negociación que no suponga el abandono inmediato de los territorios conquistados por Israel les parece una traición. La conferencia panárabe que debía celebrarse en Rabat el 17 de este mes se ha aplazado para evitar que estas disensiones, que esta desunión, salgan a la luz del día, mientras la diplomacia marroquí se esfuerza en buscar puntos de unidad. Simultáneamente, en Israel, Dayan y los triunfalistas atacan públicamente a Eshkol y su gobierno por exceso de blandura, proclaman el movimiento del «Gran Israel», donde claramente ya no se habla de las necesidades de defensa de un pequeño pueblo amenazado, sino de las pretensiones al expansionismo de ese pueblo, a costa de sus vecinos. Una respuesta del ministro de Asun-

tos Exteriores, Eban, a esa pretensión, indicando que el futuro mapa de fronteras de Israel sólo podrá establecerse mediante un acuerdo con los países árabes, se acoge con sarcasmos y con gritos de traición. Todos estos indicios —y el establecimiento de un servicio militar obligatorio en Jordania, que abarca desde los dieciocho a los cuarenta años de edad, y el endurecimiento sirio, y la repetición por parte de Nasser de que el canal de Suez continuará cerrado hasta la evacuación de las tropas israelíes de la península del Sinaí— suponen, repito, un endurecimiento y una esquematisación de la situación que nos recuerda que la guerra no ha terminado. Los esfuerzos de los mediadores, de los pacifistas, de los diplomáticos, como el que incesantemente trata de realizar Marruecos, van siendo anegados por la marea creciente de la violencia.

Israel tuvo en sus manos una admirable victoria política al día siguiente de su victoria militar. No supo aprovecharla. Una negociación con los árabes en aquel momento, un establecimiento de nuevas bases de vecindad y de entendimiento, eran enteramente posibles. Es difícil que los triunfadores en los campos de batalla no se cieguen por su victoria; es una dificultad histórica que Dayan no ha sabido vencer. Puede comprenderse su estado de ánimo. No ya su país, sino el mundo, le sonreía y le halagaba. Un mundo en el que se incluían no solamente los elementos fuertes de Occidente, sino también los demócratas y los izquierdistas de muchos países, tan poco inclinados generalmente a reconocer los éxitos de los hombres de guerra, tan reticentes habitualmente para los actos de fuerza. La mitología le elevaba no solamente como un buen general de un país en guerra, sino como el héroe legendario de una raza perseguida, humillada y ofendida que al fin se alzaba frente a un mundo hostil, como el autor del hecho de armas que venía a cambiar la suerte milenaria del pueblo judío. Este era su estado de ánimo. Los estados de ánimo no tienen, generalmente, ninguna relación con la inteligencia y menos aún se suelen desposar con la realidad objetiva.

Esta confusión del milenario pueblo judío con la estructura de un estado moderno llamado Israel no ha terminado todavía. El patriarca de Israel, Ben Gurión, ha escrito una carta larga y explícita al General De Gaulle. En ella reivindica el carácter teológico, mesiánico y racial del Estado de Israel con toda entereza. Recuerda en ella cómo en 1936, cuando una comisión británica acudió a Palestina para estudiar las condiciones y el futuro del país sionista, les respondió: «Nuestro mandato está en la Biblia», como «el mundo cristiano entero, y la Sociedad de Naciones, formada casi enteramente de miembros cristianos, reconocieron la relación histórica entre el pueblo y el país de Israel», para afirmar después: «Somos un pequeño pueblo cuya mayoría no vive en su país». La respuesta del General De Gaulle reduce en una frase la situación a términos concretos y modernos: «He aquí que Israel, en lugar de pasear por todo el universo su exilio móvil y bimilenario, se ha convertido simplemente en un estado como los otros, entre los otros, en el que, según la ley común, la vida y la duración dependen de su política. Pero ésta —¡cuántos pueblos lo han comprobado ya, cada uno en su turno!— no es válida más que a condición de adaptarse a las realidades».

Por
**EDUARDO
HARO
TECLEN**

La situación en Oriente Medio se va deteriorando: crece el odio entre Israel y Egipto y, respaldándolas Estados Unidos y la URSS se comprometen cada vez más en la situación. En la foto, un destacamento israelí patrullando por la frontera siria.

Las realidades son, evidentemente, mucho más a ras de tierra de lo que el elevado pensamiento de Ben Gurión trata de definir como programa bíblico nacional. El retroceso en el tiempo para fijar la situación actual es asombrosamente imposible. Imaginemos un Egipto faraónico, una Grecia jupiterina, una Turquía bizantina, una Roma cesárea, y tendríamos rápidamente una visión apocalíptica de la cuenca del Mediterráneo. El último regreso histórico lo conocen bien los judíos: fue cuando Hitler quiso restaurar las míticas virtudes arias y reponer los mitos indoeuropeos. Los más benévolo críticos de cuanto ocurrió entonces se limitaron a calificar la situación de locura.

El apocalipsis de la cuenca mediterránea lo ven venir muchos estrategas por conductos más modernos. Por el simple enfrentamiento entre americanos y soviéticos. La idea expresada por un delegado israelita en la ONU ha prendido en un amplio sector de la opinión americana: «El verdadero vencedor de la guerra de junio no es Israel, es la U.R.S.S.». La entrada en tromba de su flota en el Mediterráneo, por primera vez en la historia del mundo, es un acontecimiento que para muchos no se refiere solamente al problema medio oriental, sino que puede cambiar el curso de la historia en Europa, y muy especialmente en Europa del Sur. Los Estados Unidos parecen haber perdido, de una manera definitiva, su hegemonía en este mar.

Muchos observadores llegan a ver la posibilidad de que ocurra algo más en la cuenca del Mediterráneo: la transformación en regímenes comunistas de algunos países de Oriente, y muy especialmente de Egipto. Nasser ha sido anticomunista desde su adveni-

miento al poder; lo ha sido de tal forma que el partido comunista de su país fue aniquilado, y la horca fue uno de los medios más frecuentes para ese aniquilamiento. Existe ahora la nueva tesis en Egipto de que la derrota en la guerra frente a Israel procede precisamente de que la fuerza revolucionaria que había dado la independencia al país fue sistemáticamente desmedulada por Nasser, mediante su persecución a los comunistas y a los afines al comunismo, entre los cuales se encontraban, como es costumbre, muchos no comunistas e incluso anticomunistas, pero cuya movilidad revolucionaria podía perjudicar al nuevo inmovilismo dictatorial. Por otra parte, el propio Nasser puede comprobar con amargura que no le ha servido de nada ser anticomunista: el mundo del imperio y del capital califica simplemente de comunista o anticomunista a quien, según el caso, le niega o le entrega el petróleo, le quita o le da las acciones del Canal de Suez. Hussein, el jordano, comienza a comprobar que a pesar del prooccidentalismo y del conservadurismo de toda su vida no ha podido quedar indemne, ni recibe la ayuda que esperaba conseguir a cambio de las sonrisas que ha dispersado por el mundo. Argelia y Siria se están radicalizando ya a pasos agigantados. Probablemente los Estados Unidos han sido mucho más eficaces que Lenin y que Marx en la creación de Estados comunistas en el mundo. Desde Asia hasta Cuba, el sentido torpe en que se han ejercido sus presiones sobre los países que buscaban ciertos ideales de libertad les ha llevado precisamente al extremo que Washington trataba de combatir. Que Egipto y una parte del mundo árabe, empujados ya irremediabilmente hacia la influencia soviética, terminaran por seguir ese mismo camino, no sería realmente nada extraño.